

*Homo sapiens non urinat in ventum**

Democracia deliberativa y racionalidad ecológica

Joaquín Valdivielso

I. DEMOCRACIA Y SOSTENIBILIDAD

Pocas tradiciones se han mostrado tan desconfiadas de las distintas formas de democracia liberal –indirecta, representativa, elitista, pluralista, poliárquica, etc.– como la ecologista. Con adjetivos diversos, la aspiración a una forma de democracia *intensa* –deliberativa, inclusiva, sustantiva, participativa, discursiva, consensual, directa, asamblearia, comunicativa, etc.– ocupa el corazón normativo del ecologismo político, tanto en sus elaboraciones académicas como en su práctica política. La vinculación entre una perspectiva intensiva de la democracia y la teoría del ecologismo ha dado lugar al menos a cuatro tipos diferentes de desarrollo teórico, en mayor o en menor grado conectados, pero, en general, faltos de un marco teórico común.

En primer lugar, puede identificarse una línea de reflexión sobre la funcionalidad de ciertos tipos de democracia para el logro de objetivos ambientales, mayores cotas de sostenibilidad o de justicia ambiental. Si alguna conclusión puede sacarse de este debate es que la democracia liberal es poco democrática en sus propios términos, es decir, representativamente. Generaciones futuras, afectados no nacionales, intereses no agregables, valores fuera del sistema, animales no humanos... no caben en su seno¹. Una segunda vía ha sido desarrollar los postulados de la racionalidad instrumental supuestos en la teoría liberal y en su extensión en las ciencias sociales –*rational choice*, *public choice*, *social choice* en microeconomía, ciencia política y sociología respectivamente– en casos tipo de problemas ambientales. Las perspectivas tampoco han sido alentadoras, y es que la generación sistemática de «estructuras de desequilibrio» ecológico en la inte-

* Sentencia del Peristilo de Leidseplein, en Ámsterdam, con la inscripción latina: «El hombre sabio no orina contra el viento».

¹ Una muestra de las voces más destacadas puede encontrarse en la compilación de William M. Lafferty y James Meadowcroft (eds.), *Democracy and the Environment. Problems and Prospects*, Cheltenham, Edward Elgar, 1996.

racción social se sigue necesariamente de la generalización de una idea de racionalidad tan estrecha. La razón instrumental, entendida como capacidad de seleccionar y aplicar los mejores medios para fines claros y consistentes, predefinidos a la propia vida social para individuos autointeresados, no parece la mejor vía para replantearse democráticamente los propios fines, pensarlos en el largo plazo, y menos en marcos inciertos y complejos².

Estas dos líneas descartan las formas descafeinadas de democracia por defecto, por fallar a ciertas expectativas sociales y por multiplicar las paradojas según modelos de acción dominantes en el análisis social. La respuesta liberal, el intento de abrir la teoría liberal y la concepción egoístamente racional de sujeto político, tampoco ha sido muy satisfactoria. Marcel Wissemburg, por ejemplo, en uno de los esfuerzos más refinados inspirado en los principios de la justicia de John Rawls, llega a sostener que «no hay razón para creer que [más deliberación] pueda mejorar la calidad moral de las decisiones mismas» ya que «en la vida real los debates los gana el listo, no el que tiene razón». El liberalismo político, en general, carece de instrumentos para pensar formas democráticas razonables o deliberativas, y si lo hace las sitúa prácticamente dentro de los límites de lo estatal³.

Las otras dos conexiones son más ambiciosas en su carácter teórico ya que parten de una concepción particular de democracia no liberal: la discursiva o comunicativa como la ha desarrollado sobre todo Jürgen Habermas. En particular, la idea de racionalidad comunicativa ha sido usada profusamente entre los teóricos de los nuevos movimientos sociales –incluido el ecologismo– a la hora de dar cuenta de la coordinación democrática de la acción colectiva más allá, y frecuentemente contra, el Estado. En su contra, se le ha achacado que esta forma de democracia parece quedar excluida justamente del propio Estado –y de la economía– limitando enormemente su espacio propio⁴. La última de las vías ha sido pensar una ética ecológica discursiva. La ética ecológica –aunque mejor sería decir las éticas ecológicas– aspira a superar el corsé antropocéntrico de las éticas subjetivistas, contractualistas y racionalistas dominantes en la modernidad, pero las más de las veces han derivado a una «sofistería exasperante», una jerga sin conexión con el *éthos* de los propios actores sociales⁵. Como consecuencia, algunos han mirado a la ética dialógica como vía posible para salir del *impasse* de una ética subjetivista o metafísica, pero se han topado inmediatamente con la incapacidad de la naturaleza no humana para deliberar y adquirir el esperado estatus mo-

² Dos ejemplos en Félix Ovejero, «Mercado económico, mercado político y ecología», en *Mercado, ética y economía*, Barcelona, Icaria, 1994; y en Jon Elster, *Tuercas y tornillos*, Barcelona, Gedisa, 1995, pp. 104-114.

³ Las citas corresponden a Marcel Wissemburg en su desarrollo de la *Teoría de la Justicia* de Rawls en *Green Liberalism. The free and the green society*, London, UCL, 1998, p. 223, y «Una democracia liberal sostenible», *Revista Internacional de Filosofía Política*, nº 13, julio 1999, pp. 41-64. Para tener una idea de los intentos por hacer lo propio con el *Liberalismo Político* también de Rawls, pueden verse los artículos de Simon Hailwood y de Derek Bell en Andrew Dobson y Ángel Valencia (eds.), *Citizenship, Economy and Environment*, Londres, Routledge, 2005; y de Joaquín Valdivielso, «¿Hay un lugar en Rawls para la cuestión ambiental?», *Isegoría*, nº 31, diciembre 2004, pp. 207-220.

⁴ Erland Sköllerhorn, «Habermas and Nature: The Theory of Communicative Action for Studying Environmental Policy», *Journal of Environmental Planning and Management*, vol. 41, nº 5, 1998, pp. 555-573.

⁵ John S. Dryzek, en la entrevista junto a Peter Christoff, Robyn Eckersley, Robert E. Goodin y Val Plumwood, «Green Thinking – from Australia», *Environmental Politics*, vol. 10, nº 4, 2001, pp. 85. La misma idea en Andrew Light, «Contemporary Environmental Ethics from Metaethics to Public Philosophy», *Metaphilosophy*, vol. 33, nº 4, 2002, 426-449.

ral. Al final no se ha desarrollado una ética discursiva ecológica aunque sí que la ética comunicativa en cuanto ética aplicada se utiliza con frecuencia en procesos de decisión participativos frente a problemas ecológicos⁶.

El objeto de estas páginas es intentar ensamblar en una visión de conjunto todas estas vías abiertas, hacerlas consistentes entre sí y mostrar de manera unificada sus pros y sus contras. Es decir, las dificultades de pensar una democracia deliberativa y a la vez ecológica. Para hacerlo, presentaremos un modelo de *democracia discursiva y ecológica*, inspirado particularmente en el desarrollo quizás más interesante de la perspectiva de la teoría comunicativa hacia los problemas ambientales, la de John Dryzek. A pesar de su casi nula divulgación en castellano, es probablemente quien con más empeño ha pensado la democracia discursiva o deliberativa –valgan aquí como sinónimos– como cura a los males político-ecológicos. Puede ser un buen punto de partida.

II. DEL PARADIGMA DE LA CONCIENCIA AL DE LA COMUNICACIÓN

La filosofía del medio ambiente se ha desarrollado casi en su totalidad como una filosofía de la conciencia. Se ha buscado en el sensualismo empirista, Aristóteles, Spinoza, el cristianismo, incluso con cierta frecuencia en espiritua-lismos y animismos de tradición oriental o indigenista, pero la nota dominante ha sido afinar en las metáforas y las disquisiciones de tipo analítico con tal de definir una forma de conciencia sensible en términos ambientales –biocén-tricos, ecocéntricos, sensocéntricos, etc.–. El reto se ha hecho más visible, pero poco se ha avanzado en definitiva en la fundamentación, poco se han encarado los problemas de las tradiciones recuperadas, hasta llegarse a un punto en que la ética ecológica misma demanda ser intersubjetiva, «pragmática», «socio-eco-ética»⁷. El salto desde el «paradigma de la conciencia» al «paradigma de la co-municación» en la filosofía ambiental ha mirado hacia los espacios sociales en que surge de facto aquella conciencia y la ha explicado en clave de acción co-municativa⁸.

Esta perspectiva parte de un análisis de la modernidad. Entre las «estructu-ras modernas de conciencia» –en términos habermasianos– tienden a desarrollarse dos tipos de racionalidad. La instrumental –*estratégica* cuando se refiere a la interacción entre actores racionales instrumentales– llevó a los críticos de la mo-dernidad, como Max Weber, Max Horkheimer y Theodor Adorno, a prever un futuro de burocratización y cosificación, de clausura para la libertad. A pesar de ello, esta racionalidad habría propiciado un contexto en que ha podido florecer

⁶ Véase Sabine U. O'Hara, «Discursive ethics in ecosystem valuation and environmental policy», *Ecological Economics*, vol. 16, 1996, pp. 95-107.

⁷ Andrew Light, «Contemporary Environmental Ethics...», *op. cit.*; y María José Guerra, *Breve intro-ducción a la ética ecológica*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2001.

⁸ La idea de cambio de paradigma en la política ecológica está en Douglas Torgerson, *The Promise of Green Politics. Environmentalism and the Public Sphere*, London, Duke University Press, 1999; y en John S. Dryzek, «Foundations for Environmental Political Economy: The Search for *Homo Ecologicus*», *New Political Economy*, vol. 1, n° 1, 1996, pp. 27-38.

la ciencia, la tecnología y la economía del mundo moderno, proporcionando unos estándares objetivos –aunque abstractos– de lo que es racional⁹.

Autores como Habermas o Karl-Otto Apel han identificado un segundo tipo de razón organizada alrededor del diálogo antes que de la estrategia, con antecedentes en la política clásica aristotélica, la razón práctica, la teoría crítica y la idea de «razón objetiva» de Horkheimer. Esta *acción comunicativa* estaría orientada al entendimiento recíproco y a la coordinación de las acciones a través del debate y la socialización de los miembros de la comunidad; la *racionalidad comunicativa* sería la interacción lingüística informada, competente y libre, carente de estrategia, engaño y autoengaño. Como razón, es sobre todo propiedad de colectividades, una competencia intersubjetiva en la interacción social. Como *situación ideal de habla*, realización perfecta de la competencia comunicativa, basada en la autoridad del mejor argumento y la falta de dominación, de estrategia y de engaño, nunca puede ser totalmente realizada en el mundo real. Aun así está anticipada en todo acto de comunicación, y por eso la interacción puede ser más o menos comunicativa en tanto sea fruto o no de la comprensión reflexiva por parte de actores competentes, y estos aspiren al entendimiento y el acuerdo.

Llegados a este punto, la teoría de la democracia discursiva ecológica insiste en tres características de la misma, a veces poco destacadas en la tradición habermasiana, y que le dan un cariz singular: uno, en el carácter contextual de toda acción comunicativa; dos, en la permeabilidad relativa del Estado y la economía para la aparición de formas comunicativas de razón; tres, en sí es una forma de racionalidad más o menos idónea para tratar problemas ecológicos. Con estos matices, el vocabulario de la teoría comunicativa se irá extendiendo hacia lo ecológico, definiendo una forma ecológica de discurso, esfera pública, democracia, democratización y racionalidad, que vamos a desgranar a continuación.

La idea de *racionalidad ecológica* de un sistema social, según Dryzek, puede definirse sobre la base de la «capacidad de los ecosistemas de proporcionar de forma consistente –a largo plazo– y efectiva los bienes de soporte a la vida humana»¹⁰. Desde este punto de vista es un tipo de «racionalidad funcional» de los mecanismos de elección social, un patrón para la evaluación y el diseño en que lo racional es procurar la entropía negativa, el mantenimiento de los sistemas de soporte vital. Un *problema ecológico*, pues, sería una discrepancia entre las condiciones ideales y actuales de la interacción entre sistemas naturales y humanos. Es decir, es una tensión en la relación entre dos sistemas, definida desde su función para con la sostenibilidad del sistema humano. O sea, que propiamente no puede hablarse de problemas de la «naturaleza en sí», sino de problemas socioambientales, aunque su carácter tiene que ver con las características particulares de los sistemas naturales, en comparación a otro tipo de sistemas –desde los humanos hasta los eléctricos–.

⁹ Seguimos la presentación de John S. Dryzek, *Discursive Democracy. Politics, Policy and Political Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 4. Dryzek sigue a Habermas en su *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus, 1998.

¹⁰ John S. Dryzek, *Rational Ecology. Environment and Political economy*, Oxford, Blackwell, 1987, p. 36.

Desde el punto de vista sistémico, los sistemas naturales muestran en primer lugar un grado alto de *interpenetración*. Además, la presencia ubicua de propiedades *emergentes*—es decir, no reductibles a los componentes del sistema—, como cualidades de autorregulación u homeostasis, de adaptatividad, o de sucesión hacia estados de «clímax» en la complejidad de su orden. La estabilidad homeostática es función de la capacidad de recuperarse de situaciones de estrés—*resiliencia*— y de reaccionar rápidamente a la misma—*resistencia*— y en cierto modo expresa la tendencia hacia «metas» estables en los sistemas naturales, metas que no son fines en el sentido teleológico, sino ratios de producción-respiración, de biomasa total, de diversidad de especies. Los ecosistemas tienden a ello, pero como resultado de mecanismos de control internos y difusos, que no responden a la intención de ningún agente externo. Esto afecta a los problemas ecológicos, que quedarán definidos por un tipo de *complejidad desorganizada*, ya que no hay ningún componente dirigiendo hacia un *télos*; por la irreductibilidad de los mismos a la solución de los problemas de sus partes; su variabilidad temporal y espacial; gran incertidumbre; y finalmente por ser colectivos, ya que afectan a bienes comunes o públicos—bienes de cuyo uso no puede excluirse—, del tipo de la oferta total de baja entropía, la diversidad biótica, la calidad de la atmósfera global, océanos o entornos locales.

Los sistemas naturales tienen a menudo, además, la capacidad de recuperarse espontáneamente sin intervención humana. Es decir, también son «racionales» en el sentido de «procurarse» la provisión de soporte vital en ausencia de seres humanos, racionales en tanto muestran cierto orden en la coordinación de la vida, pero no hay propiamente «acción» intencional en ellos. Esto es importante en la medida en que en el ecologismo abunda la identificación, en el mundo natural, de una «subjetividad», o «mentalidad» organizadora, mayor, ejemplificada en el «*nature knows best*» de Barry Commoner o la visión de *Gaia*, la Tierra, como un «superorganismo» con iniciativa para poner «fines». Tanto Commoner como James Lovelock, padre de la hipótesis Gaia, coinciden en que sólo metafóricamente puede hablarse en términos teleológicos respecto del mundo natural¹¹.

Este es uno de los grandes retos del «giro naturalista» que implica forzosa-mente la cuestión ecológica. En el fondo, la teoría de sistemas aplicada a la ciencia natural permite evadirse a la vez de los problemas de un organicismo vitalista como el de la filosofía de la naturaleza del idealismo decimonónico, y no menos de un constructivismo que eliminara toda autonomía ontológica al mundo natural. La noción de ecosistema, pues, se concibe como un constructo epistémico inserto en un contexto cultural, abierto a la revisión y sin pretensiones de objetivar una naturaleza en sí; a pesar de ello presupone una dinámica autónoma propia al desarrollo de la vida no humana; carente de subjetividad o prioridad normativa, y, por tanto, susceptible de ser transformada.

La racionalidad socioambiental puede exigir, pues, interrumpir la sucesión ecológica. Es decir, lo que es racional en la interacción entre los dos sistemas es

¹¹ Lovelock sostuvo, años atrás, que «el universo tiene propiedades que hacen de la emergencia de la vida y Gaia algo inevitable» (*Las edades de Gaia. Una biografía de nuestro planeta vivo*, Barcelona, Tusquets, 1983, p. 221). Sobre Commoner puede consultarse el influyente *En paz con el planeta*, Barcelona, Crítica, 1992.

un estado de «subclímax» durable, producto del ser humano, pero dotado de mecanismos de *feedback* negativo, de la habilidad de generar movimientos correctivos cuando el equilibrio de un sistema natural es alterado; de *flexibilidad*, capacidad de reajustar sus propios parámetros estructurales en caso de cambio en las condiciones ambientales, pero con bastante *robustez* como para actuar en diferentes condiciones, y *resiliente* como para corregir desequilibrios severos. En caso contrario, el subclímax será inestable. Si, como hemos indicado, los macroproblemas son irreducibles a la agregación de microsoluciones, lo racional en términos ecológicos pasa por una coordinación ecológicamente racional *entre* actores *a través* de los distintos niveles de las acciones colectivas en pos de los bienes comunes¹². Lo racional sería aceptar esta lógica de la interacción socioambiental: «*Homo sapiens non urinatur in ventum*».

Aun así, el uso de la teoría de sistemas a la hora de definir racionalidades no está libre de problemas. De un lado, las categorías de ecosistema —o las homeostasis, metabolismo o entropía— han sido originalmente utilizadas como metáforas en la ciencia de la vida, adaptadas de la cibernética, la bioquímica o la termodinámica. Sin embargo, aspiran a un estatus epistémico superior al de otras metáforas de tipo animista o espiritualista. Torgerson, por ejemplo, elude esta dificultad al desarrollar una idea de democracia deliberativa de tendencia más postmoderna, al insistir en el carácter metafórico de todo acercamiento a la naturaleza¹³. Sin embargo, el problema persiste si la puerta está abierta a que categorías como «flujo metabólico» no tengan más fuerza descriptiva que la de «causa final». De otro lado, no siempre es fácil evitar el abuso de la teoría de sistemas en el ámbito social. Ya hemos señalado —y se volverá sobre ello— que esa es una de las dificultades del análisis de Habermas que la democracia deliberativa y ecológica intenta superar. Sin embargo, el exceso de sistemismo no es exclusivo de él. Autores como Elmar Altvater, uno de los más ambiciosos teóricos de la economía política ecológica, no duda en explicar el «desorden» sociopolítico mundial como aumento de la «entropía social» generada por el modelo industrial de base fósil, como si lo biológico-metabólico sobredeterminara lo cultural¹⁴.

La disquisición sobre racionalidades, en cualquier caso, ofrece aquí sus frutos: uno en descrédito de la racionalidad instrumental —como se expresa en la gestión ambiental de las administraciones del Estado y de las empresas tanto como en las teorías de la elección racional— nada mal en las aguas de los problemas complejos. Procede analíticamente, desagregando los problemas en un árbol de conjuntos y subconjuntos, concibiendo una solución al menor nivel posible para después armar una de conjunto por la agregación simple de las parciales. Además, asume como dado el abanico de objetivos y soluciones posibles de acuerdo al conocimiento experto y burocrático. En último lugar, conduce necesariamente a escenarios del tipo de la «tragedia de los comunes». Este es el título de un célebre

¹² John S. Dryzek, «Political and Ecological Communication», en John S. Dryzek y David Schlosberg, *Debating the Earth. The Environmental Politics Reader*, Oxford, Oxford University Press, 1998, p. 586 (reproduce un artículo homónimo en *Environmental Politics*, nº 4, 1995, pp. 13-31).

¹³ *The Promise of Green Politics*, op. cit., pp. 121-2.

¹⁴ Elmar Altvater, *El precio del bienestar*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1994.

artículo publicado en 1968 por el biólogo ultraconservador Garret Hardin, donde ilustraba el problema de la superpoblación haciendo una analogía con la sobreexplotación de bienes comunes, resultado inevitable, según Hardin, de la ausencia de títulos de propiedad o de un gobierno coercitivo. En cierto modo, su ejemplo, paradigmático en las discusiones ecológicas sobre gestión de recursos comunes como los pesqueros, omnipresente en los enfoques autoritarios y ultraliberales, reproducía el dilema del prisionero a otro nivel: en casos de disputa por recursos escasos, tiene más sentido anticiparse a la traición de los demás, y, actuando todos igual, al final todos pierden, pero no pueden dejar de hacerlo¹⁵. La concepción subyacente de la naturaleza humana supone «no cognitivismo» en las preferencias individuales, es decir, éstas se toman como dadas, formadas independientemente a y antes de la elección en cuestión, con lo que el problema es la política misma, la propia relación con los demás, hacia los que sólo cabe desconfianza y manipulación.

Los propios experimentos sobre el dilema del prisionero, sin embargo, muestran una tendencia inesperada a la cooperación —en términos instrumentales, «irracional»—, mucho más cuando se introduce un pequeño periodo de discusión antes de la elección. No sorprende, no obstante, que los estudiantes de economía suelen elegir la opción «traición» más que los de otros estudios o incluso que los no estudiantes. Eso se debe, en expresión de Dryzek, a que «el monto total de racionalismo económico varía según el tiempo y el lugar» y a que la propia concepción de la microeconomía, y la colonización del *homo oeconomicus* en la teoría y la filosofía política, ha contribuido a su expansión. Así, el «catálogo de horrores» que muestran estas concepciones frente a bienes comunes no se reduce al ámbito académico, sino que se hace realidad en la acción diaria de burocracias, empresas, consumidores y electores, favoreciendo escenarios tipo «tragedia de los comunes».

En segundo lugar, el análisis anterior proporciona también un argumento a favor de la racionalidad comunicativa: el debate puede afectar al contenido de las motivaciones y coordinar las acciones sin coacción, incluso con los mismos incentivos para el engaño:

La conversación puede, por supuesto, engendrar antagonismo, incluso violencia. El tema es que cuando la estructura de la situación es tal que hace problemática la posible ganancia mutua, entonces la discusión generalmente ayuda. Bajo la racionalidad comunicativa, los buenos argumentos pueden hacerlo mejor que el cálculo estratégico. Y los argumentos basados en intereses comunes al grupo —‘intereses generalizables’, o, en el lenguaje de la microeconomía y el *public choice*, ‘bienes públicos’— son normalmente más aceptables que los argumentos basados en el autointerés. La discusión puede invocar diferentes tipos de motivaciones que las que se encuentran en la conducta aislada individual¹⁶.

¹⁵ «The Tragedy of the Commons», *Science*, 162, 13, diciembre de 1968. Dryzek analiza las escuelas de Virginia y Rochester del *public choice* en el capítulo 8 de *Discursive Democracy*, «The Mismeasure of Political Man», pp. 151-172. Sobre el dilema del prisionero, *Democracy in Capitalist Times. Ideals, Limits and Struggles*, New York, Oxford University Press, 1996, Cap. 5., pp. 92-115.

¹⁶ *Democracy in Capitalist Times*, *op. cit.*, p. 112.

Esto apunta a un tipo de democracia no simplemente agregativa, como la liberal, sino a una en que en el debate las preferencias pueden ser cambiadas y no sólo agregadas, en que el discurso público constriña a los oportunistas –*free-rider*– y otros irresponsables, y, finalmente, que inhiba el monopolio del autointerés. En foros deliberativos sobre problemas ecológicos se tiende a producir una cierta transformación de los intereses iniciales de los actores y de los puntos de vista dominantes, a generar propuestas *a priori* no contempladas –como el uso de formas de gestión integral, biológicas, energías limpias, transporte público, etc.– y el carácter más inclusivo de la interacción¹⁷. El consenso libre comunicativo puede contener normas que constituyan intereses generalizables antes que particulares, su «generalización» o «universalización» puede hacer que un argumento sea más persuasivo en tal forum, ya que la trascendencia del interés particular en cualquier subconjunto de las partes implicadas tiende a ser más fácil de aceptar por las demás¹⁸. El hombre sabio, desde este punto de vista, delibera.

III. LOS DISCURSOS AMBIENTALES

La deliberación, la interacción comunicativa, no tiene lugar en el vacío. Procede en la constelación de discursos presentes en esferas públicas particulares, en la contestación de los discursos dominantes en la intersección de esas esferas con el Estado, es decir, en la *opinión pública*. Para la democracia discursiva, pues, el lenguaje importa, y la manera en que los problemas se analizan, construyen, interpretan y discuten tiene consecuencias. Un discurso no es simplemente una serie narrativa, es una forma posible de aprehender el mundo en un todo coherente e inteligible, «una manera compartida de mirar al mundo. Sus partidarios utilizarán por lo tanto un tipo particular de lenguaje al hablar sobre acontecimientos, lo que a su vez descansa en definiciones, juicios, asunciones y conexiones comunes»¹⁹. El análisis del discurso, muy utilizado en distintas disciplinas y metodologías, se enfrenta en todo caso al problema al que lo ha conducido la tradición foucaultiana: siempre hay un discurso hegemónico –dominante y dominador de creencias y valores que sistemáticamente favorecen a la clase dominante– que condiciona, si no determina, la acción política. Los discursos nunca serían neutrales en términos de poder, reprimirían a los individuos en una historia hecha de discursos herméticos e incommensurables.

El caso ambiental en parte ratifica y en parte refuta la asunción de la impenetrabilidad de los discursos. De un lado, ejemplifica la hegemonía de un discurso, el del industrialismo. El «compromiso total con el crecimiento de la cantidad de bienes y servicios producidos y del bienestar material que proporciona» ha estado en el corazón normativo de las grandes tradiciones políticas modernas: libe-

¹⁷ Erland Sköllerhorn, «Habermas and Nature», *op. cit.*, p. 559.

¹⁸ *Discursive Democracy*, *op. cit.*, p. 54, y en «Ecology and Discursive Democracy», en Martín O'Connor (ed.), *Is Capitalism Sustainable?*, New York, Guilford, 1994, pp. 92-95. La idea de «universalizabilidad» es de R. M. Hare (*Ordenant l'etica*, Vic, EUMO, 2000) y la de «generalizabilidad» de Habermas.

¹⁹ John S. Dryzek, *The Politics of the Earth. Environmental Discourses*, New York, Oxford University Press, 1997, p. vii; y *Democracy in Capitalist Times*, *op. cit.* p. 116. Véase también John S. Dryzek, «Legitimacy and Economy in Deliberative Democracy», *Political Theory*, vol. 29, n° 5, octubre 2001, pp. 651-669.

ralismo, conservadurismo, socialismo, marxismo, fascismo²⁰. Sin embargo, de otro, el caso ambiental ilustra el fin de la hegemonía de este discurso dominante así como la pluralidad de discursos sobre un mismo tema²¹. Es decir, ilustra la capacidad de las formas modernas de conciencia de resquebrajar los diques de la razón oprimida. El análisis de los discursos ambientales, pues, se enfrenta al triple reto de identificar los distintos discursos como todos coherentes, las relaciones entre distintos discursos, y a la vez las relaciones entre los discursos y las estructuras de poder.

Respecto a lo primero, la elección de una metodología adecuada a una visión multidimensional del sujeto y su acción—instrumental, comunicativa, etc.—es el primer compromiso del análisis empírico. Las metodologías cualitativas en las ciencias sociales—como las entrevistas abiertas—se han desarrollado en gran medida como un intento de escapar de los clichés de los individuos en competición, con sus valores y creencias invariables, asumidos en los métodos cuantitativos—como los sondeos de opinión—. El propio método de investigación, de rastreo de discursos en este caso, puede servir a legitimar el orden político dominante, clausurando la posibilidad de ver más allá del discurso hegemónico. Métodos cualitativos y participativos, como el análisis multicriterio o la metodología Q, se han mostrado además doblemente exitosos frente a requisitos de la racionalidad comunicativa. De un lado, permiten deconstruir y problematizar identidades, discursos y conceptos dados por buenos *a priori*. De otro lado, tienen una dimensión aplicada inmediata en la toma de decisiones sobre proyectos públicos, evaluación de riesgos y tecnologías. Métodos parecidos están siendo utilizados profusamente en el marco de programas europeos y en estudios sociales muy diversos, donde destacan los de cariz ambiental²². Estos enfoques—sobre los que después volveremos—permiten la revisión crítica de la investigación por parte de los propios analistas gracias a la interacción deliberativa con los investigados, es decir, una teoría democrática reconstructiva²³. Además, y esto es importante en muchos problemas ambientales, suaviza las diferencias entre la naturaleza de la ciencia natural y de la social, al reconocer el papel de fuerzas sociales externas a la comunidad científica en la construcción de los problemas.

El enfoque discursivo ha permitido ampliar sustancialmente el marco en que las distintas narrativas ecológicas habían sido ordenadas, desbordando las distinciones clásicas: entre la gestión racional de recursos de Gifford Pinchot y el

²⁰ *The Politics of the Earth*, op. cit. p. 12.

²¹ A ese volumen total de discusión Dryzek le denomina «concurso»—*concourse*—«un lugar donde ideas, posiciones, argumentos, críticas, modelos y teorías marchan juntos; es la suma de la comunicación sobre un tema» (*Democracy in Capitalist Times*, op. cit. p. 4 y 125).

²² La metodología Q, desarrollada en psicología desde los años 30 por William Stephenson, permite rastrear patrones de respuesta entre individuos al «concurso» sobre un tema concreto, de forma que discursos sociales referentes al mismo, pero no identificados anteriormente, se hagan visibles. El análisis multicriterio, también participativo y muy utilizado en economía ecológica y en geografía crítica, permite identificar los distintos actores, valores e intereses involucrados en casos de conflicto ambiental, así como hacerlos conmensurables como consensos posibles resultado del diálogo.

²³ John S. Dryzek y Jeffrey Berejikian, «Reconstructive Democratic Theory», *American Political Science Review*, vol. 87, nº 1, 1993, pp. 48-60. Dryzek, por ejemplo, ha divulgado y utilizado la *Q methodology* en el análisis de discursos democráticos o en acuerdos para la gestión internacional de la Antártida (Véase *Democracy in Capitalist Times*, op. cit. cap. 6; y *Discursive Democracy*, pp. 177-180); y John Proops y John Barry en los sistemas de intercambio local (*Citizenship, Sustainability and Environmental Research: Q methodology and Local Exchange Trading Systems*, Cheltenham, Edward Elgar, 2000).

naturalismo respetuoso de John Muir; las ecologías «profunda» y «superficial» de Arne Naess; la de Robin Ekersley entre antropocentrismo y ecocentrismo; la de Andrew Dobson entre conservacionismo, ambientalismo reformista y ecologismo radical; la de André Gorz entre expertocracia y ecologismo convivial; la de Joan Martínez Alier entre el culto a la naturaleza salvaje, la ecoeficiencia y el ecologismo de los pobres²⁴. Los discursos ambientales son finalmente muchos, si bien pueden ser clasificados en cuatro grandes grupos básicos²⁵:

Gestión ambiental. El *status quo* es dado por bueno pero necesita de ajustes con que hacer frente a los problemas ambientales, especialmente a través de políticas públicas. Estos, en cualquier caso, serán una extensión de los instrumentos pragmáticos de resolución de problemas dentro del marco de las democracias liberales, ya a través de mecanismos de mercado —fiscales, nuevos mercados como los de emisiones, nuevos títulos de propiedad, etc.— ya a través de la administración pública y sus procedimientos expertos y burocráticos.

Supervivencia. Popularizado a inicios de los años setenta por el Club de Roma, supone que el crecimiento económico continuado en un planeta finito acabará destruyendo los recursos y los servicios naturales necesarios para sostener las actividades productivas humanas. Atisba una reestructuración radical de las instituciones industriales, pero llevada a cabo dentro del marco de los sistemas expertos, científicos y otras élites políticas y económicas.

Desarrollo sostenible. Apareció a finales de los años ochenta bajo la etiqueta del también popular Informe Brundtland de la Comisión para el Medio Ambiente de Naciones Unidas y su definición del desarrollo sostenible²⁶. Se alimenta tanto de la idea de límite como de la de gestión, pero tiende a disolver la tensión entre los valores e instituciones económicos y los ecológicos de forma que al final no parece haber límites a mecanismos de modernización ecológica, de reducción de la contaminación y la pobreza a través del desarrollo económico de base industrial. La ecuación más o menos explícita entre desarrollo y crecimiento de un lado, y entre sostenible y sostenido de otro han hecho de este discurso blanco permanente de las críticas de los movimientos ecologistas²⁷. De haber algún discurso hegemónico hoy día, sería sin duda éste.

Radicalismo ecologista. Revaloriza tanto la naturaleza interna del ser humano —marginada en las grandes tradiciones occidentales— como la naturaleza externa más allá de su utilidad económica, y denuncia la estructura institucional del industrialismo como causa del empobrecimiento de ambas. La relación conflictiva

²⁴ Para las primeras, véase Andrew Dobson, *Pensamiento político verde*, Barcelona, Paidós, 1997; además, de André Gorz, «Political ecology: expertocracy versus self-limitation», *New left review*, núm. 202, 1993, pp. 55-67; y de Joan Martínez Alier, *The Environmentalism of the Poor. A Study of Ecological Conflicts and Valuation*, Cheltenham, Edward Elgar, 2002.

²⁵ Adaptamos la división de Dryzek, en *The Politics of the Earth*, op. cit. pp. 13-15. En detalle, él analiza muchos más —*survivalism*, prometeísmo, racionalismo administrativo, pragmatismo democrático, racionalismo económico, desarrollo sostenible, modernización ecológica, romanticismo verde, democracia ecológica, que él suscribe—. Se echa de menos en su clasificación al menos el de la justicia ecológica. Como la gran mayoría de teóricos de la política, Dryzek no incluye en su lista el «bienestarismo animal».

²⁶ «El desarrollo sostenible es el que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades» (CMMMA, *Nuestro futuro común*, Madrid, Alianza, 1992, p. 67).

²⁷ Para un ejemplo, Torgerson, *The Promise of Green Politics*, op. cit., p. 54.

entre los seres humanos y su entorno natural se deriva al menos en parte de otras formas de injusticia social —del hombre hacia la mujer, del rico frente al pobre, del animal humano frente al animal no humano, etc.— que sólo pueden ser subvertidas superando la visión mecanicista de la naturaleza que domina en la ciencia, y las instituciones de las democracias liberales y del orden económico-financiero global.

Obviamente, cada discurso excluye e incluye diferentes elementos de la realidad, lanza una malla conceptual distinta sobre la misma y capta por tanto distintas realidades. Los discursos, además, no son necesariamente incompatibles, a menudo se utilizan de forma complementaria, incluso coexisten aplicados a distintos problemas o en distintos escenarios. No obstante, en su forma ideal denotan una estructura común, compuesta de:

Una *ontología*. Cada discurso construye y sitúa diferentes entidades, desde deidades animistas hasta materia bruta, pasando por la idea del superorganismo Gaia, recursos naturales, bienes económicos, capacidad de carga, sistemas ecológicos con sus nichos y dinámicas, etc. La ontología afecta no sólo a la propia idea de naturaleza o medio ambiente sino también a otros componentes posibles, como mercado, historia, progreso, contradicción, población, gente, precios, etc.

También posee un conjunto de *asunciones sobre las relaciones naturales*, de tipo jerárquico, competitivo, lúdico, armónico, dialógico, comunicativo... y sus subdivisiones posibles en razón del género, el poder, el estatus legal, el intelectual, racial, etc. Se trata de relaciones entre los seres humanos y la naturaleza, y de relaciones dentro de la propia naturaleza.

En tercer lugar, identifica *sujetos y sus motivaciones*, que son generalmente humanos —individuos, ciudadanos, hombres/mujeres, consumidores, élites, pobres/ricos, expertos, ecócratas, clases, emprendedores, etc.— pero que pueden ser también especies, ecosistemas o la naturaleza en sí dotada de algún tipo de intencionalidad, distinguiendo a la vez entre lo que se considera natural e innatural.

En último lugar, despliega *metáforas y otras figuras retóricas* con la intención de convencer mostrando nuevas facetas de una situación dada: Madre naturaleza, guerra —contra la naturaleza—, crisis —de la naturaleza, o de la sociedad en su interacción con ella—, metabolismo, artefactos, catástrofe, apocalipsis, armonía, espíritus, desastre, «la nave espacial tierra», «bomba poblacional», caída, etc.

Una vez tenemos el mapa discursivo del debate público ecológico —su esfera pública—, y antes de ver su relación con el poder, cabe insistir en dos notas de tipo epistemológico de este enfoque, y subrayar una inquietud. Este enfoque asume, en primer lugar, la existencia de sujetos políticos al menos parcialmente reflexivos, capaces por tanto de someter a juicio crítico, en contextos deliberativos, los distintos discursos y de tomar distancia del propio. Quizás por eso el término discurso es preferido al de ideología, en el sentido de que estos idearios discursivos no prescriben, para sus sujetos, la forma de vida en su conjunto. Es discutible que las ideologías modernas y más aún las contemporáneas, puedan describirse como doctrinas en ese sentido, pero en cualquier caso un discurso no orienta en su totalidad la vida de sujetos políticos abiertos a la contingencia y a revisar reflexivamente sus valores y creencias. En segundo lugar, este es un enfoque contextual. El cruce de los discursos y los posibles consensos deliberativos sólo son po-

sibles en el seno de formas de vida o tradiciones particulares, que pueden ser reconstruidas, rechazadas o creadas si se dan las condiciones discursivas para ello. Evidentemente, la comunidad en deliberación sólo podrá llegar a un consenso legítimo —en términos discursivos— en ausencia de un compromiso compartido hacia razones o principios últimos. Es decir, si los actores se muestran intransigentes respecto de convicciones relevantes para lograr un compromiso, éste no será posible. Sin embargo, toda comunicación es histórica, parte de un significado al menos mínimamente compartido de los términos utilizados y de las experiencias en que los hablantes les han dotado de significado.

Esto es relevante porque la razón comunicativa ha sido pensada en general en oposición a la «tradición», identificada ésta con un bagaje cultural que es reproducido socialmente sin ser cuestionado o revisado; y porque la democracia discursiva ambiental se ha propuesto no caer en esa abstracción. Los discursos, así, sólo cobran significado real dentro de su historia concreta, por lo que el significado de su léxico, de su red conceptual, está en relación con el contexto y la práctica de los sujetos en el mismo. A saber, si los sujetos pueden desplazarse discursivamente, los discursos también se desplazan semánticamente, sus significantes cambian de significado en relación con la práctica de los actores. Pensemos en el caso del discurso ambiental, muy extendido en las costas españolas, que denuncia el «consumo de territorio». El territorio que se consume puede referir, según el sujeto, a recursos naturales, a huellas ecológicas, al patrimonio histórico, a una identidad y una moral preturística y premoderna, a límites geográficos nacionales en disputa, etc. En ese caso, la polisemia discursiva puede converger en un significado unitario dado por la acción democrática intensa o por la experiencia del agravio o la impotencia. El sentido de los discursos está también, si no esencialmente, en el contexto de su praxis, por lo que los acuerdos deliberativos se sostienen también en las experiencias comunes o en el reconocimiento de legitimidad a reivindicaciones sobre la base de vivencias ajenas²⁸.

IV. DEMOCRATIZACIÓN ECOLÓGICA Y ESFERA PÚBLICA

Si los discursos importan en la construcción de la realidad, no menos importan las estructuras. Si el lenguaje orienta la acción, si es el «*software* institucional», cabe ver qué espacios le dejan «las reglas formales [que] constituyen el *hardware* institucional»²⁹. Al respecto, la teoría de la acción comunicativa se ha levantado sobre una cesura sustancial entre los espacios propios de la acción comunicativa y los de la instrumental. La primera, en esta teoría social dual, queda restringida a un «mundo de la vida» nítidamente separado de los subsistemas político-estatal y económico, regidos por la lógica instrumental. En el ámbito del sistema, así, no habría lugar para la racionalización comunicativa. Sin embargo,

²⁸ Dryzek, explícito en su visión contextual (*Discursive democracy*, op. cit., pp. 18-9), a veces olvida que el significado de cada discurso está en relación estrecha con la existencia de puntos de apoyo prácticos. Este podría ser el caso de los discursos ambientales en las Islas Baleares, pioneros en España. Véase al respecto Riutort, B. y Valdivielso, J., «Canvi social i crisi ecològica a les Illes Balears», en J. Valdivielso (ed.), *Les dimensions socials de la crisi ecològica*, Palma de Mallorca, Edicions UIB, 2004.

²⁹ *The Politics of the Earth*, op. cit. p. 12.

los sistemas políticos y económicos son en cierto modo como los ecosistemas, estructuras complejas que se autoorganizan y evolucionan sin designio alguno, como resultado de acciones y elecciones relativamente simples y miopes de los organismos individuales dentro del sistema. Ya que las acciones individuales, también dentro del sistema, se guían por convicciones, creencias, valores creados y recreados en los procesos informales, interactivos³⁰, cabe tantear, por tanto, hasta dónde las actitudes instrumentales y comunicativas coexisten, y dónde lo hacen con mayor o menor desproporción. En el fondo, se trata de identificar los espacios más o menos abiertos a las distintas formas de democratización deliberativa racional ecológica.

La *democratización ecológica* tendría una triple dimensión. De un lado, implica reforzar los valores democráticos en un contexto ecológico que no sacrifica los valores ecológicos o bien mejorar los valores ecológicos sin sacrificar los democráticos³¹. De otro, tiene lugar de tres formas diferentes: en cuanto al número de participantes o sufragio; en cuanto refiere a los dominios de la vida bajo control democrático o ámbito; en cuanto al grado en que el control democrático es competente, sustantivo antes que simbólico, informado antes que ignorante³². Finalmente, eso se concreta en «el reconocimiento progresivo y la inclusión de diferentes grupos en la vida política de la sociedad»³³.

En general, la teoría de la democracia discursiva se ha centrado en la *sociedad civil*, donde la interacción social libre de la guía del Estado y del mercado tiene lugar como espacio privilegiado para la democratización³⁴. Este espacio de la asociación libre voluntaria y sus agentes interaccionan en un espacio discursivo más amplio, la *esfera pública*: «allí donde los individuos se congregan para someter a escrutinio libremente su relación entre ellos y con los sistemas más amplios de poder político en que están inmersos y para determinar cómo deberían actuar e interactuar»³⁵. En esa esfera, según la explicación canónica de Habermas aceptada por Dryzek, los actores discursivos más destacados son los movimientos sociales, enfrentados a los poderes sistémicos en la afirmación comunicativa de un mundo de la vida amenazado por el Estado y el capitalismo³⁶. Este tipo de actores, autorreflexivos sobre su identidad, organizados comunicativamente, abiertos a una mayor variedad de voces, son los responsables de los pasos adelante en la articulación discursiva de los intereses generalizables. Es decir, en cuanto *diseño discursivo*, son los sujetos de la racionalidad ecológica. *Diseño discursivo* sería una institución social en que actores cuyas expectativas convergen en una conciencia común interactúan repetidamente de forma comunicativa: los indivi-

³⁰ *Ibid.*, p. 93.

³¹ Véase «Strategies of ecological democratization», en *Democracy and the Environment*, *op. cit.*

³² El «concurso» democrático tiene que ver con la construcción, distribución, aplicación y limitación de la autoridad política. Dryzek llama a las tres formas de democratización *franchise, scope y authenticity*.

³³ John S. Dryzek, «Political Inclusion and the Dynamics of Democratization», *American Political Science Review*, vol. 90, nº 1, 1996, p. 486.

³⁴ Sociedad civil sería «una esfera de interacción social entre la economía y el Estado, compuesta ante todo de la esfera íntima (en especial la familia), la esfera de las asociaciones (en especial las asociaciones voluntarias), los movimientos sociales y las formas de comunicación pública», según la definición de Jean L. Cohen y Andrew Arato, *Sociedad civil y teoría política*, Madrid, FCE, 2000, p. 8.

³⁵ *Democracy in Capitalist Times*, *op. cit.* p. 47. Véase Jürgen Habermas, «New Social Movements», *Teles*, nº 49, 1981, pp. 33-37.

³⁶ *Discursive Democracy*, *op. cit.* p. 49.

duos actúan como ciudadanos, sin exclusión de partes afectadas, las deliberaciones incluyen los intereses individuales o colectivos implicados y se orientan a la generación y coordinación de acciones situadas en un contexto particular problemático³⁷. Comprender la democracia pasa por indagar en las posibilidades de su desarrollo dentro del marco dado por la economía política capitalista, la democracia liberal, y el Estado moderno, la erosión a que sus fuerzas estructurales e ideológicas la someten, y la posibilidad de identificar, imaginar y desarrollar *diseños discursivos* en el seno del sistema³⁸. Este análisis parte de la sospecha de que nuestro conocimiento político es siempre limitado, incierto, incompleto y disperso, y que rara vez podremos tener la certeza de que los pequeños sacrificios democráticos son realmente pequeños.

El primer nivel institucional a tratar del sistema económico-político es la democracia liberal, entendida como el conjunto formado por partidos en competición, oportunidades restringidas de participación pública a través del voto y los grupos organizados, diques constitucionales a la actividad del gobierno, el aislamiento de la esfera económica del control democrático, y una política que básicamente afecta la persecución y reconciliación de intereses privados definidos en la vida privada. Sus apologetas –tomemos como ejemplo a Samuel Huntington, Francis Fukuyama, el reciente premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales Giovanni Sartori o el propio John Rawls– entienden esta forma de democracia parcial como fin necesario de la modernización a través del crecimiento económico y la satisfacción del deseo de posesiones materiales. Al respecto, caben dos comentarios iniciales.

De un lado, este «discurso» de la democracia capitalista tiene un peso proporcionado en el debate ideológico, y una capacidad imponente de asimilar las críticas –incluida la de Habermas– a la sociedad industrial, disuelta en la metaética de los derechos liberales. De otro, muestra una capacidad estructural considerable para evitar desvíos respecto de sus imperativos: la dependencia de la actividad política de la necesidad de inducir a las empresas a invertir para mantener la tonicidad económica y, así, legitimidad e ingresos fiscales con que ejecutar los programas de gobierno y distribuir bienes en términos de empleo y renta. En definitiva, la democracia liberal presupone una distribución de poder sesgada en privilegio de los sectores acomodados, identifica y desagrega los problemas a partir de intereses predefinidos –como los económicos–, responde en forma de recompensas tangibles acordes a intereses identificables, tiene un horizonte temporal corto –aunque mayor que el de los consejos de administración de una empresa–, y tiene adicción al crecimiento. Al final, una vez se han alcanzado los parámetros básicos de la democracia capitalista, el Estado se muestra especialmente reactivo a mayores cotas de democratización.

Al nivel del sistema internacional, las fuerzas que frustran la democratización discursiva tienen que ver con la supervivencia política y económica de los Estados en un marco de transnacionalización forzada por la movilidad global del

³⁷ *Ibid.*, p. 43.

³⁸ Desarrollado con detalle en *Democracy in Capitalist Times*, *op. cit.* Una forma sintética está en «Ecology and Discursive Democracy», *op. cit.* (traducida al castellano en *Ecología Política*, nº 16, 1998, pp. 95-108).

capital. La justificación liberal describe un carrusel virtuoso de libre mercado, derechos humanos y cooperación pacífica. Desde el punto de vista de la teoría realista de las relaciones internacionales, al contrario, este es un mundo de anarquía o a lo sumo de negociaciones formales y de consensos suscritos bajo algún poder coercitivo hegemónico. Esa es la forma que toma con frecuencia el entramado de procedimientos en las tomas de decisiones globales, los regímenes internacionales, con todo su aparataje institucional –Banco Mundial, Naciones Unidas, Organización Mundial del Comercio, etc.–. Esta forma de «gobernanza sin gobierno» es de hecho lo más parecido a un Estado en el ámbito internacional, un mecanismo de filtro democrático y de imposición de modelos de desarrollo. En definitiva, con relación a los problemas ecológicos, el capitalismo desplaza hacia los Estados los problemas ambientales que él mismo crea, y entonces una combinación de Estado y democracia liberal procede a solventar el problema decomponiéndolo analíticamente, las más de las veces sumando nueva legislación a la que se ha mostrado inoperante.

Según el análisis de Dryzek hay al menos tres niveles en que aparecen de forma incipiente diseños discursivos, instituciones deliberativas, ya sean esferas aparecidas para tratar de un problema particular, foros globales, una sociedad civil democrática, etc. Uno es con relación al Estado, otro en el sistema internacional y otro en la experimentación con nuevas formas participativas de evaluación, gestión y decisión en políticas públicas. En general permiten que problemas de suma cero relativamente intratables se conviertan en relaciones de suma positiva, aunque la forma concreta de cada democratización –sufragio, ámbito, autenticidad– es variada. En los tres niveles sus tesis, por controvertidas, merecen un comentario detallado.

Las mejores oportunidades para la aparición de nuevos diseños discursivos con relación al Estado se dan en casos de aparición de nuevos imperativos intratables con los medios convencionales, como es el ambiental –aunque también pueda haber alguna opción en caso de indeterminación funcional o hundimiento institucional, como una revolución, una guerra o particularmente una depresión–. De la respuesta del Estado dependerá no sólo la forma en que el problema y su resolución quedarán fijados sino también el futuro de la propia esfera pública implicada. Según Dryzek hay cuatro reacciones posibles por parte del Estado, dos incluyentes y dos excluyentes. La pluralista absorbe todo movimiento político convirtiéndolo en un grupo de interés. La asociativa fomenta desde el Estado una forma centralizada de movimiento, fomentando liderazgos e involuntariamente una cultura patológica del victimismo. La liberal-autoritaria excluye de forma activa persiguiendo e incluso eliminando por la fuerza todo tipo de disenso. La corporativista excluye pasivamente, limita la representación a patronales y

Representación de intereses en Estados capitalistas (Dryzek, 1996)

	<i>Incluyente</i>	<i>Excluyente</i>
Activo	Democracia asociativa, representación de grupo	Liberalismo autoritario
Pasivo	Pluralismo	Corporativismo

sindicatos pero no intenta interrumpir o reprimir otras formas de asociación política —en eso son pasivos—. En su opinión, y más allá de las ventajas comparativas de la estrategia corporativista de las democracias norte y centroeuropeas en avances sociales y económicos, el corporativismo crea sin quererlo las condiciones para la aparición de esferas públicas efectivas opositoras en que la democracia radical puede florecer. Es decir, para Dryzek la absorción estatal de la sociedad civil discursiva y opositora puede bloquear mayores innovaciones en las instituciones democráticas; o lo que es lo mismo, la inclusión sólo es benigna si el interés básico de un actor puede ser asociado con un imperativo estatal y cuando su entrada en el Estado no agota la sociedad civil tras de sí³⁹.

Dryzek piensa en la aparición de la esfera pública burguesa según el análisis clásico de Habermas y en el papel democratizador de la desafección en países de Europa del Este como Polonia, Checoslovaquia o la RDA⁴⁰. La capacidad de esas esferas públicas de incidir constructivamente depende de que su influencia en el Estado no debilite su pulso cívico y confrontativo, y de que mejoren la capacidad del mismo de hacer frente a nuevos requerimientos. Es decir, en definitiva tendríamos un modelo de democracia deliberativa que opera sobre todo *contra* el Estado capitalista —como esfera pública—, y *al margen* de él —como el feminismo, las formas de autogestión obrera, de economía social local, etc.—. La democracia sería así la imagen inversa de la del republicanismo clásico celebrado por Arendt: practicada por los excluidos antes que por los incluidos.

Evidentemente, la posibilidad de que el pulso cívico se apague cooptado por el Estado dibuja un escenario de liquidación de la democracia deliberativa o al menos de su caldo de cultivo principal. Sin embargo, Dryzek, probablemente influido por el predominio de las estrategias asociativa y pluralista en el mundo anglosajón, menosprecia en parte el papel que juegan los actores civiles integrados en el Estado en su propia modernización, en la construcción y actualización de la legalidad y en el fomento de formas modernas de conciencia, precisas a su vez para alimentar la sociedad civil. Como él mismo ha indicado, el Estado no es puramente una burocracia férrea weberiana, está también impregnado de valores, creencias y discursos que, por su importancia, deben ser objeto privilegiado de las fuerzas sociales de la democratización. Si el movimiento ecologista hubiera participado en los pactos sociales de los regímenes corporativos como lo hace el movimiento obrero o las patronales, ¿serían nuestros Estados más o menos racionales en términos ecológicos?, ¿habría muerto la sociedad civil con ello?

En el sistema internacional, en segundo lugar, el carácter descentralizado de la maraña de la gobernanza ha dejado espacio para la experimentación con innovaciones institucionales reales más allá del sistema político doméstico y a menudo con avances democráticos significativos, al menos en cuanto autenticidad y sufragio. El caso ambiental, con más de 200 tratados vigentes en marcha, con numerosos protocolos y tratados exitosos a sus espaldas, con la existencia de ONGs de enorme in-

³⁹ Véase «Political Inclusion...», *op. cit.* p. 486, y *Democracy in Capitalist Times*, *op. cit.* p. 40.

⁴⁰ El estudio clásico es el de Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Gili, 1994. Ejemplos de surgimiento de sociedades civiles contemporáneas, en Jean Cohen y Andrew Arato, *Sociedad civil y teoría política*, *op. cit.*, cap. I.

fluencia mediática, es un ejemplo de la existencia de esferas públicas discursivas: basadas en un discurso igualitario, orientadas a intereses públicos y desafiantes de la autoridad establecida. En muchos casos, como en el del cambio climático y el Protocolo de Kyoto, han liderado la creación de discursos nuevos hegemónicos en la definición del problema, han mostrado vías de resolución posible, y han generado un consenso voluntario razonado. Pero sobre todo han puesto patas arriba el ideal democrático pensado en una comunidad contenida territorialmente que se autogobierna soberanamente en términos de poder, bienestar e identidad.

En último lugar, los diseños discursivos incipientes abarcan también mecanismos «informales» de mediación, arbitraje, negociación, regulación y diálogo orientados al acuerdo voluntario discursivo bajo relaciones de poder suavizadas: paneles ciudadanos, audiencias públicas, audiencias parlamentarias, gestión negociada, foros ciudadanos como la Agenda Local 21, evaluaciones públicas de impacto, el «seminario de decisión» de Harold Lasswell, el «*minipopulus*» de Dahl, la «demarquía» de Burnheim, y en general todo diseño en que la validación de la decisión depende del acuerdo dentro de la audiencia a la que va dirigida. Dryzek es consciente de que estas instituciones pueden promover también la racionalidad instrumental, e insiste en que eso es más difícil cuanto menos sujetas estén a la autoridad política, es decir, en las esferas públicas autónomas⁴¹.

Este análisis, en su conjunto, tiene al menos tres virtudes en comparación al uso de la teoría dual sistema/mundo de la vida, aunque adolece de no llevarlas a sus últimas consecuencias. Primero, abre un espacio para la parte que le corresponde a la acción comunicativa en la determinación de las agendas, la definición de los problemas y la posición epistémica, dentro de las propias estructuras y no sólo en la sociedad civil⁴². Segundo, aprecia la legitimación discursiva de mecanismos participativos de gestión y análisis social⁴³. Por último, no abandona el análisis estructural y deja abierta la pregunta sobre el alcance de una acción política reflexiva que, aunque permite imaginarla, no anuncia la transformación reflexiva de la modernidad, la «modernización ecológica reflexiva»⁴⁴. No obstante, a veces da la impresión de que el recorrido por los diseños discursivos que acomete Dryzek es algo restrictivo y excesivamente orientado a un fin predefinido, el consenso. Respecto a lo primero, es obvio que en el seno de la política liberal hay diseños mucho más discursivos que otros —de partidos políticos, sindicatos, en la estructura de los poderes públicos, en la ley electoral, etc.—. Además, los métodos participativos de decisión y evaluación pública son con demasiada frecuencia no sólo medios para legitimar decisiones ya tomadas sino también para que los investigadores coopten tecnocráticamente procesos políticos reales.

⁴¹ *Democracy in Capitalist Times*, op. cit., p. 114.

⁴² Así lo señala Torgerson: *The Promise of Green Politics*, op. cit. cap. 4.

⁴³ *Legitimidad discursiva* referiría a toda «decisión colectiva consistente con la constelación de discursos presentes en la esfera pública, en la medida en que está sujeto al control reflexivo de los actores competentes». («Legitimacy and Economy...», op. cit., p. 660.) En ocasiones Dryzek parece entender la legitimidad como una cuestión de equilibrio, controlado por sujetos dispersos, entre discursos: en este caso se hace difícil no hacer comparaciones con el equilibrio reflexivo de Rawls.

⁴⁴ John S. Dryzek, «Transnational Democracy», *The Journal of Political Philosophy*, vol. 7, nº 1, 1999, pp. 30-51. Véase Maarten Hajer, *The Politics of Environmental Discourse: Ecological Modernization and the Policy Process*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

Respecto a lo segundo, la visión de la racionalidad comunicativa como orientada al acuerdo, puede dar la sensación de que el diálogo tiene que estar encaminado en una dirección, un final que la clausura, por abierto e indeterminado que sea. Douglas Torgerson ha insistido en que esta metáfora «movimentista» no capta adecuadamente la idea de la esfera pública ecológica. Torgerson considera la esfera pública propiamente como un *tópos* de la vida pública, «una actividad apareciendo en un lugar. No es el camino de un movimiento sino el espacio de un discurso»⁴⁵. No sería, pues, una institución con límites definidos, sino un patrón cambiante de interconexiones entre *loci* donde el discurso, en este caso los discursos ecológicos, es practicado. Torgerson así se retrotrae a la idea de política de Hannah Arendt, según la cual su valor se expresa en la acción política misma, el ejercicio de la política sería un valor en sí mismo, un arte.

Arendt, en su influyente *La condición humana*, había dividido las actividades fundamentales derivadas de la condición humana, limitada y terrenal, en tres: «*Labor* es la actividad correspondiente al proceso biológico del cuerpo humano»; «*trabajo* es la actividad que corresponde a lo no natural de la exigencia del hombre», la que «proporciona un mundo 'artificial' de cosas, claramente distintas de todas las circunstancias naturales»; mientras que «la *acción* [es la] condición humana de la pluralidad [...] de toda vida política»⁴⁶. Esta distinción, pensada para la «vida activa», quiere integrar en un tratamiento multidimensional las facetas instrumentales y las intrínsecamente valiosas de una misma actividad, mostrando el significado profundo de la política. Así las aplica Torgerson.

Según su esquema, la cara *funcional* de la política —correspondiente a «*labor*»— afecta «al mantenimiento y funcionamiento de un sistema socioeconómico, particularmente en tanto afecta al intercambio con la naturaleza no humana». Muestra un cariz reformista, inclinado a trabajar dentro de los límites establecidos en los sistemas de orden de cara a hacerlos más racionales. No obstante, funcional no significa tecnocrático, por dos motivos básicos. Uno, porque lo racional no puede ser determinado monológicamente *ex ante* en sistemas complejos como los naturales —esa es la esencia de la idea de racionalidad ecológica—. Dos, porque los consensos en políticas públicas también se forman en consultas y negociaciones informales entre altos funcionarios y representantes de organizaciones económicas privadas; es decir, no hay una *mente administrativa* que gobierne imparcialmente el «sistema». La cara *constitutiva* —correspondiente a «*work*»—, más radical, apunta al cambio cualitativo, estructural, cultural y de identidades. No es un cambio revolucionario, resulta por «incrementos» según el modelo de «una red que funciona», de la estrategia Lilliput⁴⁷. La faz *performativa* —«*action*», *praxis*— contrasta con las dos anteriores en cuanto no aspira a un pro-

⁴⁵ Este análisis se encuentra en *The Promise of Green Politics*, *op. cit.*, p. 49; y en «Farewell to the Green Movement? Political Action and the Green Public Sphere», *Environmental Politics*, vol. 9, nº 4, 2000, pp. 1-19.

⁴⁶ Hannah Arendt, *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1998, pp. 21-22. André Gorz la utilizó para delimitar bajo qué condiciones las actividades productivas pueden ser racionales y liberadoras, subrayando el valor intrínseco de la actividad pública emancipadora. Véase *Métamorphoses du travail. Quête du sens. Critique de la raison économique*, Paris, Galilée, 1988, pp. 168 y ss.

⁴⁷ Tanto Dryzek como Torgerson se remiten repetidamente al *incrementalism* del influyente politólogo norteamericano Charles Lindblom. Nociones como la clásica de *reformismo radical* de Gorz coincidirían con ésta en la renuncia a una revolución como sustitución traumática de un «sistema» por otro, y en poner el énfasis en los cambios peleados en el día a día en las identidades, rutinas, discursos, formas de vida.

ducto extrínseco, es autocontenida, autorreferencial, sus fines son intrínsecos, significativos, su conducta es inventiva.

Arendt, y autores influidos por ella como Habermas, han identificado el carácter performativo de la política con el del lenguaje, pensando el diálogo como la forma universal de revelar la pluralidad, y el ágora pública como espacio privilegiado de la palabra. Más allá de las diferencias históricas, enormes, es un modelo pensado desde el imaginario clásico republicano de la política. Y eso es lo que cuestiona Torgerson, unas imágenes orientadas al entendimiento sobre la base de los buenos argumentos, a un juego narrativo «finito» en el acuerdo. De ser un arte —siguiendo una analogía que Arendt usó para distinguirlo de otros artes poéticos, como la pintura, la escultura o la arquitectura—, sugiere Torgerson, ¿por qué no imaginarlo como la danza, la comedia? ¿Por qué reducir la acción orientada al entendimiento al uso enunciativo de la palabra?⁴⁸

V. ARGUMENTACIÓN Y COMUNICACIÓN ECOLÓGICA

Evidentemente, solo la naturaleza humana —o ciertas partes de ella— puede deliberar. Sin embargo, el objeto fundamental de las éticas ecológicas ha sido reivindicar el estatus moral del mundo natural con independencia de la utilidad que puedan proporcionar a los seres deliberantes, sea económico, estético o de otro tipo. La ética ecológica pretende cuestionar el dualismo, la discontinuidad en la concepción de la naturaleza humana y la no humana. Y la categoría central con que lo ha hecho es la de «valor intrínseco», el valor que una entidad posee de suyo en tanto tiende a una autodirección y autorregulación interna, sea por su disposición a mantenerse, su capacidad para sentir o de constituir todos sistémicos⁴⁹. Para la ética deliberativa, no obstante, no hay ningún valor (fruto de la comunicación libre) extrínseco a la comunidad de diálogo y al intercambio argumentativo⁵⁰. Así por ejemplo, el recientemente fallecido Nicolás M. Sosa, destacado filósofo y activista, se planteaba si no habría que «ampliar el horizonte de comprensión de la comunicación» y suscribir las ideas de David Abram de que «el mundo no es silente ni pasivo; está lleno de valores, propuestas y significados, con independencia de que nosotros le atribuyamos o no tales cosas».⁵¹ Otro destacado ecologista y ético español, Jorge Riechmann, señala —siguiendo a Rescher— que hay un nivel biológico-natural de valores objetivos, dado por la es-

⁴⁸ «Performativo» refiere a un acto de habla «realizativo de acción», en contraste con los enunciativos o constativos, según la teoría de los actos del habla de Austin. Aunque Torgerson, desgraciadamente, no entra en la discusión, compleja, sobre esta cuestión, quiere subrayar que la interacción *performative* no tiene lugar solamente a través de la *razón* comunicativa.

⁴⁹ Véase la discusión en Robin Attfield, *Environmental Ethics*, Cambridge, Polity, 2003. Él distingue entre valor inherente e intrínseco, definido de una forma diferente.

⁵⁰ Dentro de nuestra comunidad ética, el mismo problema se plantea en Nicolás M. Sosa en *Ética ecológica*, Madrid, Libertarias/Prodhuvi, 1994, p. 23; Carmen Velayos en *La dimensión moral del ambiente natural: ¿necesitamos una nueva ética?*, Granada, Ecorama, 1996, pp. 128-135; y María José Guerra en *Breve introducción a la ética ecológica*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2001, pp. 38-47.

⁵¹ Nicolás M. Sosa, «Ética ecológica: entre la falacia y el reduccionismo», *Laguna. Revista de Filosofía*, nº 7, 2000, p. 317.

estructura de necesidades de un organismo vivo⁵². La naturaleza, pues, comunicaría valores.

Joel Whitebook señaló que este rasgo de la ética comunicativa representaba una ruptura entre Habermas y sus antecesores en la Escuela de Frankfurt⁵³. Hasta él, la teoría crítica habría pensado la crisis ecológica como consecuencia del dominio de la naturaleza inscrito en la propia estructura de la modernidad, que «la dominación de la naturaleza exterior precisa de la dominación de la naturaleza interior». Habermas, por el contrario, presupondría la apropiación de la naturaleza interior a través de la internalización comunicativa de normas intersubjetivas. Es decir, la emancipación respondería al bien del yo, no al de su dotación biológica; la dignidad del sujeto se lograría «a costa de denegar todo valor a la naturaleza», excluida del reconocimiento recíproco. Precisamente para Habermas es sólo en el uso del lenguaje donde descansa toda dimensión normativa, «el único reino en que el problema del 'es' y el 'deber ser' puede ser superado». La naturaleza no podría ser, pues, pensada bajo las categorías de la racionalidad comunicativa, y la teoría habermasiana cerraría las puertas a un concepto alternativo y emancipatorio como «una nueva sensibilidad» que nos ponga en contacto con la naturaleza «desde dentro». Whitebook daba un segundo paso en su análisis para sostener que este «hiato ontológico», o discontinuidad entre la naturaleza hablante y la no hablante, sólo podía «condenar la naturaleza a ser exclusivamente objeto de dominación», «de control técnico», dado que Habermas presupone un estatus «galileano», «desteleologizado», a las ciencias naturales⁵⁴.

La democracia discursiva y ecológica ha salido al paso de estas críticas, sin embargo se continúa enfrentando a un problema serio en su concepción de la comunicación. Para comenzar, Habermas replicó a Whitebook que una actitud «objetivante» está implícita en cualquier descripción científica —como las que se usan en ética ecológica— y que eso no implica dominación, como no la implica en el médico hacia su paciente. Además, los teóricos de la ética comunicativa, comenzando por Apel y Habermas, han recordado que la naturaleza es precondition de cualquier competencia comunicativa, y que los principios y normas emanadas de la deliberación en una comunidad ética dada pueden apelar a actitudes respetuosas, racionales ecológicamente, e incluso una actitud «expresiva» para con partes de la naturaleza⁵⁵. En el fondo, podría decirse que esa es la apuesta del lenguaje de la ética ecológica, aunque la dicotomía asumida en su seno entre intrínseco y extrínseco a menudo reduce el abanico de actitudes a reverencia o dominio, *tertium non datur*. Por otro lado, Habermas ha señalado el pe-

⁵² Jorge Riechmann, *Todos los animales somos hermanos*, Granada, Universidad de Granada, 2003, p. 604.

⁵³ Joel Whitebook, «The Problem of Nature in Habermas», en David Macauley, *Minding Nature. The Philosophy of Ecology*, New York, Guilford Press, 1996. El artículo de Whitebook fue originalmente publicado en 1979 (*Telos*, 40, pp. 41-94), reimpresso después con correcciones menores y la reafirmación del autor en que a pesar del paso del tiempo «el dilema principal enfocado no había sido resuelto en modo alguno» (p. 283).

⁵⁴ Whitebook, muy fino al mostrar las carencias de la división habermasiana entre ciencias, mostró las enormes dificultades léxicas que hay para referirse a esa nueva sensibilidad y sugirió ideas como las de «naturaleza como un 'fin en sí misma'», «reencantamiento del mundo», «reconciliación no regresiva», «resurrección de la naturaleza», una «renovada reverencia por la vida» de la filosofía o dialéctica de la naturaleza.

⁵⁵ Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*, Madrid, Cátedra, 1984, p. 430. Véase también Karl-Otto Apel, *Estudios Éticos*, Barcelona, Alfa, 1986.

ligo de que el diálogo quede clausurado de antemano por criterios previos de valor incuestionables, ya sea el del valor intrínseco de la naturaleza: un *êthos* ecológico y discursivo debe ser necesariamente abierto, revisable, no puede quedar aprisionado por una doctrina, un final de la discusión, «no puede convertirse en una fe ecológica incuestionada sin volverse también irracional»⁵⁶. Finalmente, tampoco puede quedar anclado en una idea cerrada de la naturaleza humana. La historia de la filosofía y de las ciencias sociales es en gran medida una sucesión de distintas concepciones del ser humano; incluso la ciencia natural moderna ha visto como la biología darwinista alimentaba ideas muy distintas de lo que es el ser humano y en especial de lo que es como *animal* político⁵⁷.

Vistas así las cosas, la ética comunicativa quedaría limitada al constructivismo epistémico –la naturaleza, comenzando por la humana, en su forma pura, es inaccesible a la representación– y al intersubjetivismo lingüístico en ética –los deberes morales descansan en el «a priori de la comunicación»–. Estos compromisos han parecido, no obstante, insuficientes a los propios teóricos de la democracia discursiva ecológica, constructivistas y comprometidos con el paradigma de la comunicación. En último término el ser humano es un animal, atípico, pero parte de la naturaleza, por lo que no tiene sentido que la racionalización comunicativa defina las interacciones libres entre humanos en oposición absoluta a las que dominan el mundo natural⁵⁸. Conscientes de esta tensión, y de las limitaciones del vocabulario ético para expresarla, tanto Dryzek como Torgerson han intentando ir más allá forzando su asimilación del paradigma comunicativo.

Dryzek ha insistido en el carácter plástico y activo de la naturaleza para sostener que «este mundo está realmente vivo, impregnado de significados [...], el mundo no humano puede comunicarse, y los procesos de decisión humanos pueden ser estructurados para escuchar su comunicación más o menos bien». Es decir, la democratización discursiva no tendría por qué detenerse en el umbral del mundo humano, y la democracia discursiva podría ser incluso ampliada a la biosfera. Aceptada esta premisa, «deberíamos tratar las señales que emanan del mundo natural con el mismo respeto que concedemos a las señales emanadas de seres humanos», «requiriendo igualmente cuidadosa interpretación»⁵⁹.

A la hora de concretar ha señalado tres fuentes distintas de comunicación. De un lado, a la que proviene de procesos ecológicos que trascienden los límites entre especies, como la respuesta de la naturaleza a la intervención humana en nichos o en ciclos geobioquímicos. Así, los diseños institucionales deberían orientarse discursivamente para captar las señales ecosistémicas y reaccionar ra-

⁵⁶ Torgerson, *The Promise of Green Politics*, *op. cit.*, pp. 120-123. Una síntesis del debate de Habermas con Günther Patzig alrededor de esta cuestión, posterior al de Whitebook, en Carmen Velayos, *La dimensión moral...*, *op. cit.*

⁵⁷ John S. Dryzek y David Schlosberg, «Incorporando a Darwin a la disciplina: la biología en la historia de la ciencia política», en James Farr, John S. Dryzek y Stephen Leonard (eds.), *La ciencia política en la historia. Programas de investigación y tradiciones políticas*, Madrid, Istmo, 1999, p. 186. La *biopolítica* –término acuñado por Morley Roberts en 1938– ha alimentado justificaciones naturalistas del Estado –como la «hipótesis social» de Henry Jones Ford–, la eugenesia conservadora de Merriam y Masters; el darwinismo social de William Graham Sumner, del que bebería Herbert Spencer; el darwinismo reformador social de Lester Ward, o David Ritchie; la ecología social de Murray Bookchin, el autoritarismo hobbesiano de Hardin, etc.

⁵⁸ «Political and Ecological Communication», *op. cit.* p. 589.

⁵⁹ John S. Dryzek, «Green Reason: Communicative Ethics for the Biosphere», *Environmental Ethics*, nº 12, 1990, pp. 195-210.

cionalmente. De otro lado, se ha referido a entidades que pueden actuar como «agentes» —de «agencia» [*agency*], actividad orientada a un fin—, aunque carezcan de autoconciencia o subjetividad, al mundo natural en tanto muestra continuidades evidentes respecto a la «comunicación no verbal» humana —en el «lenguaje corporal, manifestaciones faciales, feromonas, etc.»—. En ambos casos —ecosistemas y naturaleza animal no humana—, y como ya se ha dicho antes, el uso de términos como «agencia» o «comunicación», con las connotaciones teleológicas que tienen, debe entenderse como un esfuerzo por encontrar un espacio intermedio «entre la naturaleza inerte y una naturaleza poblada de ninfas de los bosques, espíritus y diosas»⁶⁰. En caso contrario, Dryzek debería distinguir entre lo que son obviamente muy distintas formas de «comunicación», si es que el término no se pervierte demasiado con este uso: las señales que pueden emitir los miembros instintivamente de una especie entre sí, los mamíferos superiores hacia seres humanos, o los síntomas de disrupciones ecosistémicas son casos totalmente distintos, más incluso en sus repercusiones para la ética. Es más, la propia noción de racionalidad ecológica —restringida, como hemos visto, al mantenimiento de los sistemas de soporte vital— sería descaradamente insuficiente para dar cuenta de estas formas de interrelación entre los sistemas sociales y los naturales.

Una tercera forma de comunicación sería humana, pero no se restringiría al habla. Dryzek pone un ejemplo que, por su sencillez, es rotundo: por algún motivo que tiene que ver con la comunicación, «una discusión telefónica no es lo mismo que un encuentro cara a cara»⁶¹. La acción orientada al entendimiento no puede reducirse «a la argumentación explícita y deliberada como prueba última de garantía de racionalidad», como señala Torgerson, que se atreve a ir más lejos que Dryzek al indagar en la lógica de las pasiones políticas comunicativas. Más que preguntarse *in abstracto* por el sustrato biológico de la comunicación, Torgerson se pregunta qué pasiones se han puesto en juego en la esfera pública ecologista y cuáles de ellas tienden al entendimiento y a recuperar su expresión menos argumentativa. Evidentemente —sugiere—, si alguna pasión es antinatural es el trascendentalismo trágico, desesperado y moralista del ecologismo apocalíptico y de la ecología profunda, con su aspiración a una purificación espiritual en una naturaleza maternal idealizada. Como respuesta, el movimiento ecologista, como otros movimientos sociales, ha captado con el tiempo la importancia de lo cómico y lo carnavalesco en la construcción de su esfera pública. Mostrando el disenso por inversión de la realidad, la impotencia del orden vigente frente a la frivolidad, una forma de acción que es a la vez confrontativa pero que no se orienta a la destrucción del oponente, y sobre todo una forma mundana y orgullosamente inmanente de arte político:

Lejos de fundar un nuevo cosmos, la ecología, en un sentido clave, subvierte cómicamente los esfuerzos de hacer uno. La ecología sugiere límites humanos, particularmente límites en la capacidad humana para abarcar y modelar el mun-

⁶⁰ «Political and Ecological Communication», *op. cit.* p. 596, nota 3. Ha insistido además en la larga tradición que tiene el término en ciencia, aunque no en la filosofía. Torgerson critica el uso de *agency* más allá de la metáfora en *The Promise of Green Politics*, *op. cit.* p. 121.

⁶¹ *Ibid.*, *op. cit.* p. 590.

do. El reconocimiento de estos límites no espera confirmación de una hipótesis científica, pero informa la –a menudo olvidada– naturaleza del conocimiento científico mismo como limitado y tentativo, como un tipo de conocimiento que en principio ni puede asumir ni puede finalmente demostrar un orden comprensivo⁶².

A decir verdad, Torgerson, aún moviéndose con dificultades entre una visión habermasiana de la realidad –hay un único juego normativo, el lingüístico– y una wittgensteiniana –la racionalidad comunicativa sería sólo un «género» más entre otros–, toca un elemento esencial de la práctica política de los nuevos movimientos sociales, y lo interpreta como signo de superación de visiones metafísicas y salvíficas. Entre sus ejemplos se encuentran aquellas diputadas de *Die Grünen* con sus jerséis de colores, amamantando a sus hijos en el *Bundestag*. O el grupo australiano EAAAC?! (*EchoAnarchoAbsurdist-AdelaideCell*), que pone el absurdo en el centro de sus actuaciones hasta el punto de que su lema es «*you've got to be funny*», o de que uno de sus miembros se rebeló contra los líderes del movimiento por no ser lo bastante divertidos.

No siempre este tipo de racionalidad irracional tiene espacio en los análisis sobre los movimientos sociales de nuevo cuño, y en particular sobre los «alterglobalizadores» –incluido el ecologismo global–, frecuentemente vistos en una clave antagonista clásica, definida por la austeridad y el sufrimiento, o bien como consumidores «postmateriales» autosatisfechos. Sin embargo, las *performances* situacionistas, el gusto por el oxímoron, la reivindicación de lo raro o *queer*, las formas de «banalización lúdica», el «hacktivismo», la propaganda invertida [*adbusting*, *subvertising*], etc., denotan un tipo de coordinación «expresiva» de la acción colectiva que no merece ser obviada –«excomunicada» diría Torgerson– en la comprensión de las esferas públicas emergentes⁶³. La dificultad para la ética ecológica, más allá de la importancia que tiene para la política, es que con toda certeza esta racionalidad no permite fundamentar deberes morales categóricos incondicionales de cuño kantiano, como los que la ética discursiva deduce de la comunidad ideal de comunicación.

CONCLUSIÓN

La propuesta que hemos presentado de una democracia deliberativa y ecológica permite integrar en un esquema unitario las formas en que deliberación y medio ambiente son tratados en la filosofía contemporánea: las críticas de la democracia liberal y de la racionalidad instrumental, los usos de la racionalidad comunicativa en la teoría social y en la ética ecológica. Desde el trampolín haber-

⁶² *The Promise of Green Politics*, op. cit., p. 102. Véase especialmente el capítulo 5. El original y sugerente enfoque de Torgerson reconoce su deuda con *The Comedy of Survival* de Joseph. W. Meeker (New York, Charles Scribner's Sons, 1974), y con una reivindicación de la crítica al carácter trágico de la vida en Dante, Umberto Eco, Nietzsche, o en analistas de línea posmoderna como Henry S. Kariel y Mikhail Bakhtin.

⁶³ *No Logo* (Londres, Flamingo, 2001), de Naomi Klein es una obra aún poco reconocida a la hora de fotografiar esa dimensión de la nueva racionalidad política. Francisco Fernández Buey da algunas pistas en *Guía para una globalización alternativa. Otro mundo es posible*, Barcelona, Ediciones B, 2004, Cap. 2.

masiano, John Dryzek despliega un manto conceptual interesante para llevar la cuestión ecológica a la teoría de la democracia (deliberativa), con su visión ecológica de racionalidad, democratización, discurso, comunicación, esfera pública, diseño discursivo, etc. Una democracia deliberativa antes que agregativa, republicana antes que liberal, comunicativa antes que estratégica, irrespetuosa de los límites de las unidades políticas, perseguida en la sociedad civil antes que en el Estado, y consistente con una definición amplia antes que estrecha de política⁶⁴. Además, ofrece una interpretación convincente de la aparición de lo que hace apenas unas décadas era inconcebible: la disputa por la construcción de formas discursivas nuevas con que hablar del medio ambiente. Finalmente, invita a pensar a fondo la experimentación con formas políticas que permitan implicarse más fructíferamente en el mundo natural, en un espacio que signifique progresivamente menos en el camino del autismo humano.

Dado su enfoque, los grandes problemas filosóficos a que se enfrenta el paradigma de la comunicación –algunos de los cuales aquí apenas hemos insinuado– subyacen: las carencias del análisis sistémico en la teoría social, la falta de tradición en identificar prácticas deliberativas dentro del sistema político-económico, el exceso de autonomía de los discursos respecto a la práctica y las experiencias concretas, el hiperracionalismo de la idea de comunicación, etc. Por otra parte, no obstante, dichos problemas cobran una luz particular frente al reto que implica la perspectiva ecológica, sacando sobre todo a la superficie la necesidad de un lenguaje capaz de salir de dicotomías –instrumental/comunicativo, sistema/mundo de la vida, sensibilidad/racionalidad, intencional/instintivo, antropocéntrico/biocéntrico, intrínseco/extrínseco, incluso moderno/posmoderno– que, no por estar muy extendidas favorecen necesariamente una filosofía acorde a las aspiraciones del reto ecológico.

⁶⁴ *Democracy in Capitalist Times*, op. cit., p. 15.